

pero que se desarrolla con igual o mayor intensidad en los restantes países de Europa a causa de la existencia de aquel sustrato económico-social-mental que faculta y potencia este mismo desarrollo;

- 2) si por prerrenacimiento entendemos la presencia de indicios aislados de una transformación de mentalidad, habría que emplazarlo en el siglo XIV, durante el cual M encuentra abundantes testimonios del germinar de una nueva conciencia; la aparición de la figura del humanista en los términos antedichos, así como de voces tan significativas como «moderno» o «ingeniero», se hallan documentados en este siglo;
- 3) el cultivo de las materias filológicas, literarias y artísticas no constituye el factor principal y tanto menos exclusivo del humanismo, ni cabe reducir el humanismo a este solo aspecto de la actividad humana en el Renacimiento;
- 4) el estudio de las humanidades es uno de los componentes de la múltiple actividad desplegada por el hombre del Renacimiento con vistas, no a «restaurar» la antigüedad ni a reproducir miméticamente los modelos clásicos, sino a desarrollar aquel conocimiento racional de la naturaleza con el que aspira a dominar el mundo y a transformarlo;
- 5) existe, eso sí, a lo largo de todo el período que llamamos Renacimiento, un *humanismo inmovilizante* (que mejor sería llamar una actitud), que queda definido en base a su relación pasiva con la antigüedad, y un *humanismo innovador*, que con expresión feliz M denomina «humanismo hacia adelante», consciente de vivir una época nueva, y que entiende la antigüedad como término de comparación y de emulación, cuando no lo reduce a simple recurso estratégico para ocultar con la autoridad de los clásicos, la audacia y la novedad de sus propias intuiciones e ideas;
- 6) pertenece al primero el humanismo escolar, arqueológico, gramatical, retórico y a menudo petrarquista, protagonizado por vulgares profesores de gramática y mediocres o banales poetas, que se colocan ante la antigüedad en actitud reverente y mimética. Frente a estos adoradores incondicionales del pasado, existe el humanista «a la altura de las circunstancias» (humanistas profesionales, juristas, literatos o pensadores de cualquier sector cultural), capaz de concebir ideas nuevas e, inversamente a lo que es opinión frecuente, de articular el pensamiento en sistema filosófico.

Remodelando antiguos conceptos y descartando y elaborando otros, M ofrece una nueva visión articulada del Renacimiento, que tal vez pueda esquematizarse del modo siguiente:

- 1) El Renacimiento es el concepto de una estructura histórica —que en cuanto tal no se halla puro en ninguna parte— que puede definirse como crisis expansiva, en cuanto corresponde a un proceso de transformaciones positivas en la línea ascendente del progreso concebida por la cultura de Occidente;
- 2) el concepto de *crisis* excluye aquel otro unánimemente aceptado de *ruptura* (Chabod, Garin, Hauser y aún el mismo Burckhardt), en cuanto las transformaciones se verifican sobre una base de continuidad ampliamente documentada por M mismo;
- 3) el concepto de continuidad comporta la visión de las transformaciones sobre un «telón de fondo» medieval, lo cual no significa medievalismo en el sentido de res-

tauración de la Edad Media, sino de renovaciones *a partir de*, o, lo que es lo mismo, evolución y desarrollo orgánico de formas que se adaptan progresivamente al medio ambiente, esto es, a las nuevas necesidades y circunstancias históricas. Resultan sumamente sugestivas al respecto la transformación «orgánica» ilustrada por M que va sufriendo en esta época la *ratio* escolástica en su camino hacia la *raison* cartesiana, la magia, en forma empírica de conocimiento (de la bruja a la hechicera), el símbolo, en un cuadro de realidades objetivas, o el concepto de Imperio medieval, en Imperio Moderno, en respuesta a las nuevas solicitudes jurídico-políticas impuestas por las necesidades prácticas del descubrimiento de América y la conquista;

- 4) algunas manifestaciones que suelen considerarse como radicales novedades del Renacimiento, arrancan, pues, de conceptos procedentes del pasado que, incentivados por una nueva visión del mundo, se abren a concepciones y formulaciones inéditas; así, por ejemplo, la «cortesía como saber», procedente de la sociedad jerárquica medieval, reelaborada en el modelo por excelencia de vida y comportamiento renacentista plasmado en *Il Cortegiano*, o la distinción escolástico-tomista entre naturaleza y gracia, que predispone a la autonomía de la primera y al consecuente proceso de secularización, o la transformación de la doctrina subjetiva del amor divino en la visión secularizada de lo que se ha dado en llamar «amor extático», que tanto cunde en esa época;
- 5) justamente porque se insertan en un proceso en marcha y no se imponen como modelo o canon a seguir, aparece a los ojos de M mucho más fructífero que el tan encomiado neoplatonismo con que frecuentemente se ha querido explicar el Renacimiento, el aristotelismo escolástico cultivado en la escuela averroísta de Padua, o la «segunda escolástica» o escolástica renacentista española, o el grupo nominalista de París, con su crítica a la física aristotélica, o incluso el franciscanismo, en cuanto fomentan el interés por el mundo, el concepto de naturaleza plural y autónoma, y favorecen la expansión del proceso de secularización y la aparición del espíritu de tolerancia;
- 6) por toda una serie de circunstancias que he tratado de sintetizar en estas páginas, el hombre del Renacimiento descubre el carácter inmanente, dinámico y acumulativamente progresivo (en el doble sentido de la cualidad y la aceleración) de la historia, aún dejando intacto el concepto tradicional de la permanencia de la naturaleza humana, el cual, junto con la intuición mecánica de la Naturaleza, le consiente concebir al ser humano como mecanismo, manejando los resortes con los cuales es posible forjar la historia del presente y del futuro;
- 7) la conciencia que tiene el hombre del Renacimiento de vivir una época histórica superior a otras y de ser un «enano en hombros de gigantes» (según un tópico medieval que recuperan los intelectuales del siglo XVIII), hace que se coloque en a la querrela de los antiguos y los modernos a favor de estos últimos y que se considere a sí mismo «moderno» en cuanto, en la escala del progreso, se halla emplazado un peldaño más arriba con respecto a épocas anteriores y a la antigüedad misma;
- 8) el retorno a la antigüedad y la imitación de los antiguos sirvieron de confrontación, diálogo y acicate, para buscar y alcanzar lo nuevo, puesto que, aún en el restringido

- ámbito de las artes, en el que el principio de imitación rige con particular vigor, prevalece, por lo menos en aquellos individuos a la altura de los tiempos (Leonardo da Vinci o Benvenuto Cellini, pongo por caso), el principio de imitación de la naturaleza, en el que se han distinguido particularmente los antiguos sin menoscabo de ser superados por los hombres del presente y éstos, a su vez, por los del futuro;
- 9) inversamente a lo que de ordinario se ha venido afirmando acerca de la trascendencia del mito de la antigüedad en la cultura renacentista, la incapacidad estrictamente imitativa que se registra en diversos sectores de la actividad humana (desde el arte a la política, o a la literatura, aún dentro del mismo petrarquismo) señala lo que hay de auténticamente nuevo en ellas, mientras que allí donde se registra una efectiva y obediente sumisión a los modelos, se observa el fortalecimiento de la tradición con la consiguiente acción de freno a las innovaciones;
 - 10) la función del mito de la antigüedad así concebida lleva a M a minimizar radicalmente, y diría osadamente, el papel desempeñado por Italia en el crecimiento y exportación del Renacimiento. El peso que tuvo efectivamente el mundo clásico en el Renacimiento italiano sofocó el desarrollo de aquella *forma mentis* de progreso que caracteriza a otros países europeos, la cual permitió dar pleno desenvolvimiento al sistema de creencias derivado de aquella secularización y racionalización de base, nacidas efectivamente en Italia;
 - 11) por eso mismo, M considera que hay que buscar las sugerencias e incentivos innovadores en aquella parte de Italia donde enraizó poco el mito de los antiguos (Venecia) y que por esta misma razón adoptó formas nuevas que en Europa interesaron mucho más que el principio de la *renovatio Romae*. El interés que suscitó el gobierno mixto de Venecia, o el que despertó la pintura veneciana en España, abierta al futuro barroco, son pruebas de ello;
 - 12) dicha concepción radicalmente modificada de la función del italianismo en el Renacimiento europeo sugiere al mismo tiempo la revisión de lo que se entiende por Renacimiento italiano y la búsqueda de un «auténtico» espíritu renacentista más allá de la máscara de clasicismo con el que la historiografía por lo común lo ha identificado, mostrando una discrepancia entre cultura comunal y cultura humanista italianas. Se observará entonces la afinidad y raíz común de ambas culturas y aparecerá con todo su vigor no sólo la idea de progreso, patente en los sectores más avanzados de la Italia renacentista, sino la función activa y orientada a un fin del estudio de las humanas letras en aquel «logro del hombre», estudiado en España por Francisco Rico, y cuyos resultados M suscribe plenamente;
 - 13) el descubrimiento y el entusiasmo por la antigüedad (quizá más vivo y vivido en la Edad Media), presentes, con todo, aún en los mayores exponentes del Renacimiento europeo, deben pues entenderse como feliz concomitancia de antiguos y modernos en los criterios de estimación del hombre, de la vida humana y del sentido de la humanidad en la marcha hacia adelante de la historia. Las nuevas intuiciones y las innovaciones del europeo moderno hallaron en el mundo clásico su corroboración y el sostén de su «autoridad», que sirvió para apuntalar el propio sistema de creencias, facilitando su raigambre en las conciencias y su divulgación. La idea de pro-